

Alumno/a

Fecha

LECTURA MATEMÁTICA. EL LIBRO DE ARENA

La línea consta de un número **infinito** de puntos; el plano de un número infinito de líneas; el volumen de un número infinito de planos; el **hipervolumen**, de un número infinito de volúmenes... [...]

Yo vivo solo, en un cuarto piso de la calle Belgrano. Hará unos meses, al atardecer, oí un golpe en la puerta. Abrí y entró un desconocido. Era un hombre alto, de **rasgos** desdibujados. Acaso mi miopía los vio así. Todo su aspecto era de pobreza decente. Estaba de gris y traía una **valija** gris en la mano. En seguida sentí que era extranjero. [...]

Le señalé una silla. El hombre tardó un rato en hablar. Exhalaba **melancolía**, como yo ahora.

— Vendo biblias —me dijo.

No sin **pedantería** le contesté:

— En esta casa hay algunas de las biblias inglesas, incluso la primera, la de John Wiclif. [...]

Al cabo de un silencio me contestó:

— No solo vendo biblias. Puedo mostrarle un libro sagrado que tal vez le interese. Lo adquiriré en los **confines** de Bikanir.

Abrió la valija y lo dejó sobre la mesa. [...] Lo examiné; su **inusitado** peso me sorprendió. En el lomo decía Holy Writ y abajo Bombay.

— Será del siglo diecinueve —observé. [...]

Lo abrí al **azar**. Los caracteres me eran extraños. Las páginas, que me parecieron gastadas y de pobre **tipografía**, estaban impresas a dos colores a la manera de una biblia. El texto era apretado y estaba ordenado en **versículos**. [...] La volví; el **dorso** estaba numerado con ocho cifras. Llevaba una pequeña ilustración, como es de uso en los diccionarios: un ancla dibujada a la pluma, como por la torpe mano de un niño.

Fue entonces que el desconocido me dijo:

— Mírela bien. Ya no la verá nunca más.

Había una amenaza en la afirmación, pero no en la voz. Me fijé en el lugar y cerré el volumen. Inmediatamente lo abrí. **En vano** busqué la figura del ancla, hoja tras hoja. Para ocultar mi desconcierto, le dije:

— Se trata de una versión de la Escritura en alguna lengua indostánica, ¿no es verdad?

— No —me replicó.

Luego bajó la voz como para confiarme un secreto.

— Lo adquiriré en un pueblo de la llanura [...]. Sospecho que en el Libro de los Libros vio un amuleto [...]. Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen ni principio ni fin.

Me pidió que buscara la primera hoja. Apoyé la mano izquierda sobre la portada y abrí con el dedo pulgar casi pegado al índice. Todo fue inútil: siempre se **interponían** varias hojas entre la portada y la mano. Era como si brotaran del libro.

— Ahora busque el final.

También fracasé [...]: «Esto no puede ser».

[...] en voz baja el vendedor de biblias me dijo:

— [...] El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna, la última. No sé por qué están numeradas de ese modo **arbitrario**. Acaso para dar a entender que los términos de una serie infinita admiten cualquier número.

Después, como si pensara en voz alta:

— Si el espacio es infinito estamos en cualquier punto del espacio. Si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo. [...]

Mientras hablábamos yo seguía explorando el libro infinito. Con falsa **indiferencia** le pregunté:

Alumno/a

Fecha

— ¿Usted se propone ofrecer este curioso **espécimen** al Museo Británico?

— No. Se lo ofrezco a usted —me replicó, y fijó una suma elevada.

Le respondí, con toda verdad, que esa suma era inaccesible [...]. Al cabo de unos pocos minutos había **urdido** mi plan.

— Le propongo un canje —le dije—. [...] le ofrezco el **monto** de mi jubilación, [...] y la Biblia de Wiclif [...]. La heredé de mis padres.

[...] le traje el dinero y el libro. Volvió las hojas y estudió la **carátula** con **fervor** de bibliófilo.

— Trato hecho —me dijo.

Me asombró que no regateara. Solo después comprendería que había entrado en mi casa con la decisión de vender el libro. [...]

Me acosté y no dormí. A las tres o cuatro de la mañana prendí la luz. Busqué el libro imposible, y volví las hojas. En una de ellas vi grabada un cifra, ya no sé cuál, elevada a la novena potencia.

No mostré a nadie mi tesoro. A la dicha de poseerlo se agregó el temor de que me lo robaran, y después el recelo de que no fuera verdaderamente infinito. Esas dos inquietudes agravaron mí ya vieja **misantrópía**. [...] Prisionero del Libro, casi no me asomaba a la calle. [...] Comprobé que las pequeñas ilustraciones distaban dos mil páginas una de otra. Las fui anotando en una libreta alfabética, que no tardé en llenar. Nunca se repitieron. [...]

Declinaba el verano, y comprendí que el libro era monstruoso.

Jorge Luis BORGES
El libro de arena
Alianza, Madrid, 2003.

ACTIVIDADES

- Pon un título al texto.
- Realiza un breve resumen y expón la idea principal.
- Busca el significado de las expresiones en negrita.
- Responde a estas cuestiones relacionadas con el texto:
 - Una vez que se tiene el libro ¿qué dos temores surgen?
 - El vendedor de biblias parece más viejo de lo que es. ¿Qué motiva esta apreciación?
 - ¿Por qué el libro se llama El Libro de Arena?
 - ¿Qué es lo que se anota en una libreta alfabética? ¿Por qué se acaba enseguida esta libreta?
- Responde a las siguientes cuestiones de acuerdo con tus conocimientos sobre el tema:
 - ¿Qué significa que los números naturales son infinitos?
 - En un momento del texto se cita «una cifra elevada a la novena potencia». Si realmente se trata de una única cifra, ¿cuáles pueden ser los números de esa página?
 - En todo conjunto de números naturales hay un número que es menor que los demás. Según está numerado el libro, ¿qué número tendría su «primera» página?
 - Los números enteros también son infinitos, pero, ¿cumplen el principio de buena ordenación anterior?
 - Entre dos números enteros, por ejemplo -3 y -2 , es imposible encontrar ningún otro número entero. ¿Pasa lo mismo con los números racionales?
 - ¿Y con las expresiones decimales? Relaciona las expresiones decimales entre cero y uno con el hecho de que en El Libro de Arena se interpongan siempre páginas entre la portada y la «primera» página.